

**NOVELA POPULAR  
CINEMATOGRAFICA**



Año V  
Número 197

25 cts.

Protagonistas:  
Aileen Pringle  
y  
Lowell Sherman

**LA MUJER SALVAJE**

Novela Popular

Cinematográfica

THE GIRL OF THE GOLDEN WEST

Argumento de la comedia sentimental

1471

# LA MUJER SALVAJE

(First National Pictures)

Magnífica interpretación de la bellísima  
estrella

AILEEN PRINGLE,

Lowel Sherman y Chester Conklin.



Distribuida en España por

**METRO GOLDWIN CORPORATION**

Mallorca, 270 - BARCELONA

y sucursales



**PUBLICACIONES MUNDIAL**

BARCELONA - APARTADO 925





## PRIMERA PARTE

Por las desiertas llanuras de la aurífera región de Klondike, cubiertas eternamente con el blanco sudario de las nieves perpetuas, avanzaba trabajosamente un hombre hundiéndose a cada paso hasta más arriba de la rodilla.

Aquel caminante, a semejanza de otros muchos que algunas docenas de años antes habíanse aventurado a adentrarse por los inhospitalarias regiones, era uno de tantos, un número más que añadir a la interminable lista de los infinitos hombres, que, deslumbrados por el brillo de las doradas pepitas, se atrevían a llegar hasta los valles de Alaska; hasta el

corazón de aquella tierra abrupta y salvaje, que, semejante a una vieja avariciosa, oculta sus fabulosos tesoros en lo más intrincado de sus bosques o en las más inaccesibles de sus montañas.

Pero, Alla Burkes, el protagonista de esta historia, no era un buscador de oro al uso, ni vulgar aventurero, como casi todos los que corrían su misma suerte. En lugar del pico y pala consabidos y la criba de lavar, llevaba una extensa colección de platos con el detalle de la región aurífera.

Representante de una poderosa empresa, el ingeniero de minas Alla Burket, llevaba, además, un buen tilonario de cheques, y su trabajo quedaba circunscripto a la compra de los tesoros que los aventureros de antaño habían logrado arrancar de las entrañas de la tierra.

Entre estos aventureros, tras de cuya busca y captura andaba tan afanoso Alla Burket, figuraba el buen Kadiak Mac Lean, veinticinco años antes un pobre buscador, y, a la sazón, acaudalado colono, en posesión de vastas fincas y ricos filones del amarillo metal.

En su penosa marcha a través de la nevada estepa, Alla creía no llegar nunca al final de su viaje. En medio de la selva, lejos de todo poblado, y sin rastro alguno de alma viviente, el ingeniero neoyorkino se encontró ante uno de los más serios inconvenientes de su vida: por la misma senda que seguía, y de cara

hacia él, vio venir una masa negra a todo correr.

De momento no pudo apreciar si era un jalsit o un elefante, ya que cualquier cosa de las dos podía ser por el color, y el miedo no le dejaba razonar en cuestión de tamaño. Sólo acertó a comprender que se trataba de un animal feroz, y la verdad, no le hacía maldita la gracia morir en plena juventud.

Apuntó con su rifle, dispuesto a matar o morir, pero no sabemos si por exceso de frío o de miedo, le comenzó a temblar el pulso y no pudo soltar el tiro. Al ver que la fiera se acercaba más y más, Alla, incierto si temeroso, se encaramó en el primer árbol que encontró.

Ya comenzaba a respirar tranquilo, cuando vio, con no poca sorpresa que la enorme masa negra trepaba por su mismo árbol con la agilidad de un gato.

Alla no se desmayó porque a un ingeniero de minas no le están bien ciertas debilidades cardíacas, pero, él sólo sabe la épica lucha que para ello hubo de sostener en aquellos instantes con su entereza de ánimo.

Además, tenía otra razón poderosísima para no hacerlo. Por el mismo sendero que había seguido la fiera que yacía sobre su cabeza, en una rama más alta, y a la cual no se atrevía a mirar, no por pánico sino por no ofenderla, venía una manada de lobos a todo correr.

Si no se desmayaba lo mataría la negra masa que se hallaba en todo lo alto. Si se dejaba vencer sería



devorado por los lobos que ya rodeaban el árbol mirando hacia arriba con sus vivos ojos, a brillantados por la fiebre del hambre.

En aquel trance supremo, Alla, se atrevió a levantar la vista hacia el cielo para implorar a la Providencia su divino favor. Y fué entonces cuando pudo apreciar al enemigo del piso superior, un oso negro como el carbón, que parecía mirarle burlescamente, cual si leyera en el interior de su alma y gozara viendo sus apuros.

Por el sendero que antes habían recorrido el oso y los lobos, venían cual disparada por una flecha, una figura humana, al parecer una mujer. Aquella aparición vino a complicar la situación de Burket. Indudablemente, pensaba, esa mujer ignora que avanza hacia una muerte cierta.

Su deber de caballero le obligaba a defenderla, y haciendo acopio de todas las reservas de su valor, preparó el rifle, dispuesto a no dejar un lobo ni para contarlo. Por fortuna, la dama, llegó antes de que el ingeniero pudiera disparar. Al ver la acción de éste, ella, alzó la mano, gritando:

—¿Pero va usted a matar a mis perros, hombre de Dios?

—¡Ah! ¿Pero no son lobos, señorita?—contestó Burket, descubriéndose reverente, a riesgo de pescar una pulmonía doble.

La joven en cuestión, era la bellísima Juno, moza deidad de aquella selva blanca, nacida y criada

al arrullo de los inhospitalarios valles de Alaska. Si por su aspecto imponente, debido a las pieles de animales que le servían de abrigo, y por sus maneras bruscas, parecía Juno una mujer un tanto aurógena, excesivamente masculinizada, y muy en consonancia con la salvaje estepa que le había servido de cuna, al destocarse el capuchón gris de piel de oso que circundaba su frente de alabastro y verla sonreír con la doble hilera de iguales y diminutos dientes, aun más albos que la nieve, se comprendía fácilmente que aquella mujer, además de ser maravillosamente bella cual los reflejos de la aurora boreal de su país, era también dulce y buena, como son buenas y dulces las raras caricias del sol tras las heladas brisas del polo.

Burket la vió así desde el primer momento, y por eso, no dudó en corresponder a su sonrisa con toda efusión.

—De modo, señorita, que no son lobos ¿eh? Así puedo descender sin temor, ¿verdad?

—Por ahora no debe usted tener más temor que el de romperse un hueso al bajar.

—¿Y ese animalito que está ahí arriba? Yo, al principio, creí que era un oso, pero si usted me lo asegura, francamente, no dudaré de que es una gacela.

—Esta vez también se ha equivocado; no es un oso, es una osa. ¡Baja Cleopatra!

Y a la voz de su dueña, el animalito, descendió con la misma premura que había empleado para ascender. Alla no cesaba de mirar a la fiera, asombrándose al ver una masa tan pesada descender con semejante ligereza.

—¡Mítela usted, señor...— exclamó ella instándole para que bajara.

—Señor, o sin señor, como quiera mi diosa de las nieves, soy Alla Burket, ingeniero de minas de nueva York, y vengo en busca de un tal Kadiak Mac Lean.

—Ese señor, a quien usted viene a buscar desde tan lejos, es mi padre— dijo ella riendo—, y si no tiene inconveniente, yo misma le conduciré a su presencia.

Y como Burket no ofreció ninguna resistencia, antes al contrario, aceptó contentísimo aquella encantadora compañía, que ni por asomos pensaba haber podido encontrar en el desierto valle; minutos después penetraba en la rústica cabaña del viejo Kadiak, un hombre sencillo hasta la exageración y más bueno que un trozo de pan tierno.

Al cabo de algunos días, cuando Burket hubo inspeccionado bien los tesoros del colono, procedió a la redacción del contrato de venta. El simpático labriego, una vez extendido, y antes de firmarlo, procedió a la lectura del mismo:

"Entre Kadiak Mac Lean, de Snow Bend (Alaska) y el infrascrito, apoderado...

Al llegar a este punto, el minero alzó sus gafas y miró fijamente al ingeniero:

—Bueno, pero usted, ¿cómo se llama?

—Alla Burket, ya lo sabe—contestó el ingeniero un tanto extrañado por la pregunta.

—Entonces, ¿este señor "infrascrito"...?

Burket le dió con tal motivo una conferencia sobre la redacción de contratos, y el buen labriego pareció quedar convencido con sus razonamientos. Pero, más que todo ello, lo que acabó de convencerle fue el cheque de un millón de dólares que acompañaba al contrato.

La satisfacción del pobre hombre, al contemplar el amarillo papel, en el centro del cual destacaba, en gruesos caracteres el uno seguido de sus seis ceros, no es para describir.

—¡Un millón, ¡uno! ¡Un millón...!— gritaba loco de júbilo.



## SEGUNDA PARTE

— La fortuna le había, por fin, sonreído y Kadiak no cesaba de soñar con los goces que le depararía su nueva situación. Pero los sueños del nuevo rico eran todos de especie alimenticia. El porvenir se le presentaba en forma de montañas de butres y océanos de salsas.

Nueva York, la urbe tentacular y lejana, ejercía sobre él una atracción irresistible. En su afán de inquirir noticias sobre lo más notable de la ciudad de maravilla, el aldeano no cesaba de hacer preguntas:

—Y dígame; ¿además de los teatros, rascacielos y restaurantes elegantes, qué más hay en Nueva York que valga la pena?

—Pues, lo más notable... lo más notable son los trenes que pasan por debajo del río.

—¿Cómo? ¿Por debajo del río? —exclamó Kadiak trazando con la mano una especie de curva—. ¡Bueno, hombre, bueno! Conque, por debajo del río, ¿he?... Y las varas volarán por encima de las casas y para ordeñarlas tendrá uno que subirse en globo.

Yo le aseguro a usted, señor Kadiak... —quiso objetar Burket.

—A mí no tiene que asegurarme nada. ¿Se cree que aunque de pueblo y criado en este desierto no se una palabra de nada? ¿Cómo se las arreglan para que el fuego no se apague en la máquina y los viajeros no se mojen? A otro perro con ese hueso.

—Cuando vengan a Nueva York, como me tienen prometido, ya lo verán ustedes. Porque supongo que no tardarán en venir.

—Yo no desco otra cosa, señor Burket—interrumpió la bella Juno—. Pero como comprenderá, no vamos a presentarnos en aquella ciudad con los atavíos que gastamos para pasear por las selvas de Snow Bend. Primero tenemos que equiparnos; ya hemos encargado todo lo necesario a una casa de Chicago.

Por uno de esos curiosos fenómenos a que se halla sujeta la naturaleza humana, Alla Burket que creía hallarse en Alaska peor que en un infierno, sintió, al

partir, una verdadera tristeza. Un oportuno estirón de los perros portadores del trineo hizo que el joven diera a Juno un beso en plena mejilla, mientras aquella le arrebujaba los pies en la gruesa manta. La cara de la muchacha adquirió con aquel contacto el rubor del carmín, pero ni a ella se le ocurrió protestar, ni él acertó a dar excusa alguna. Aquel besuquizado abrió a los dos jóvenes los ojos del alma, y si él, por el camino, comprendía a qué se debía la insistencia con que les había invitado para que fueran a ver la gran ciudad, exagerando los méritos de la misma, ella, por otro lado, comprendía la causa por la cual había prodigado tantos y tan solícitos cuidados al extranjero. Ella, que había sido siempre tan poco cuidadosa de sus maneras, caía en la cuenta del por qué había puesto durante la estancia del joven un mayor esmero y una mayor dulzura en todos sus actos y expresión; en una palabra, había obrado como una verdadera mujer.

Así las cosas, llegó el día en que los colonos de Snow Bend lo tuvieron todo dispuesto y partieron gozosos hacia la gran urbe. En uno de los furgones de equipajes y perfectamente encerrada en una jaula de madera iba la buena Cleopatra, a quien Juno se resignó, con no poca pena, a dejar llevar de aquella manera, ya que su deseo hubiese sido llevarla consigo en el departamento de primera. Pero aquellos señores de las estaciones eran tan poco complacientes...

Cabe decir que, a pesar de los esfuerzos de la casa de modas de Chicago para hacer de Juno y el señor Kadiak un par de elegantes, tanto el padre como la niña iban que parecían dos esferas. Los inci-



identes de los dos pueblerinos al ponerse en contacto por primera vez con la civilización, no son para describirlos. Uno de ellos, ocurrido en el tren, le valió a Kadiak el primer conocimiento con Jonny Krebs y



su "hijo", dos caballeros dedicados a negocios especiales, tan especiales... que sólo los menciona el código penal.

El encuentro tuvo lugar en el departamento de fumadores, a donde el señor Kadiak había sido amablemente conducido por un empleado en virtud de las protestas de los demás viajeros, que no podían soportar el olor de su pipa. Tuvo necesidad de hacer efectivas algunas pesetas, por haber comprado Juno algunas trinterías en ausencia de su padre, y como éste sacara, para realizar el pago, uno de esos fajos de billetes, cuya vista marca el cerebro más equilibrado, los dos compañeros de viaje se deshicieron en amabilidades con el desconocido.

Kadiak, que desde la partida de Burke no había cesado de pensar en lo de los trenes por debajo del agua, aprovechó la oportunidad de haber encontrado aquellos compañeros tan amables, y luego que hubo contestado a las interesadas preguntas de éstos sobre la cuantía de su fortuna les planteó la cuestión, que desde hacía algunas semanas venía torturando su cerebro.

—Voy a Nueva York con el único objeto de ver si es verdad que los trenes pasan por debajo del agua.

—¿Qué coincidencia! Precisamente mi hijo y yo nos dedicamos a negocios de ferrocarriles Metropolitanos.

—Pues no sabe cuánto me alegro de haberles encontrado para que me enseñen todas esas maravillas —respondió el buen Kadiak loco de contento al ver, por la seguridad de la respuesta, que quizá fuera cierto todo lo que Burke le había dicho.

Entre tanto, Juno, recibía un telegrama del ingeniero, dándole cuenta de haberles reservado habitaciones en el hotel Biltmore, situado delante de la estación.

En el resto del viaje, que duró sus bucnos tres días, Krebs y su "hijo" pudieron convencerse de la candidez de sus nuevos amigos, y ya se regodeaban de gusto pensando en que el millón de Kadiak no tardaría muchos días en pasar a su bolsillo. Ya casi lo tenían medio convencido para venderle uno de aquellos ferrocarriles subterráneos que constituían su obsesión.

Al llegar a Nueva York, la simpática Cleopatra, sembró tal pánico entre los habitantes del sinuoso hotel Biltmore, que a poco más no quedó un mueble sano por obra y gracia de las carreras y sustos de los miedosos huéspedes. Fueron inútiles todos los ruegos del propietario para convencer a Juno de que debía desprenderse del animalito.

—Cleopatra se queda conmigo aunque para ello sea necesario que mi padre compre el hotel entero.

Y como no hubo medio de disuadir a la mujer salvaje, el dueño acabó por acceder y cedió a sus nuevos clientes el piso de la azotea que llevaba el número 26.

Cuando Burget vió la familiaridad que parecía unir a la bella Juno y al hijo de Krebs, sintió que el demonio de los celos le punzaba en el alma, pero como en fin de cuentas no podía protestar...

### TERCERA PARTE

Krebs y su hijo no se daban punto de reposo para llevar a cabo su "negocio" de vender el "Metro" al nuevo rico, y algunas horas después ya estaban de acuerdo con un compinche de su ralea llamado "El Juez" a quien presentaron como el dueño de uno de los principales "Metros" de la ciudad.

Kadiak se hallaba asombrado de ver como aquellos miles de personas que sin cesar vomitaban las bocas

del metropolitano se atrevían a meterse allí dentro sin hacer antes testamento y confesión general.

—Esto debe ser un gran negocio ¿no?—preguntó el nuevo rico.

—Formidable. Pero ahora no es nada; si viera usted esto los domingos y días de feria, quedaría asombrado. Van los trenes que no cabe un alfiler. ¡Es horroroso!

—Entonces, ¿cómo es que siendo un negocio tan redondo lo vende el propietario?

—El pobre tiene a su esposa atacada de una enfermedad incurable, y como los médicos le recomiendan que vaya a consultar a los primeros especialistas de Europa, por no enviarla sola, traspasa el negocio. Le advierto—continuó diciendo Krebs impertérrito—que si no se atreve sólo, no tengo inconveniente en tomarlo a medias con usted. Y si no se decide pronto, sintiéndolo mucho, me buscaré otro socio, porque la venta es urgentísima y como comprenderá no voy a desaprovechar la ocasión.

Kadiak tenía toda la bondad de un buen campesino, pero debajo de la capa de bondad llevaba una coraza a picardía a prueba de todo razonamiento; así que, a pesar de los razonamientos de su presunto socio, no acababa de decidirse. Pretextando la necesidad de consultarlo con su hija el hombre no soltó prenda y la venta del ferrocarril quedó aplazada para el siguiente día.

La ferquedad del colono había venido a plantear-



a los compinches una grave cuestión: era necesario impedir que el viejo consultara con Burket. Si éste llegaba a enterarse todo su negocio se iría al agua.

—Por lo que yo he podido apreciar—decía Krebs a su aliado—ese Burket se halla enamorado de la niña. Por lo tanto, es necesario que tú no dejes a la muchacha ni un momento; procura atraerla y deja al viejo de mi cuenta, que de éste ya me encargo yo.

—Pero hombre, ¿es que tú te crees que yo voy a cargar con ese esmermento de criatura? ¡Si es un susto con falda!

—¡Alto, "hijo mío"! Por lo de ía si que no paso. Ponle otras faldas, quitale los cintajos y verás que es más bonita que el noventa por ciento de las neoyorkinas. ¡Si yo tuviera tus años y tu figura!...

El plan se iba desarrollando tal como el astuto Krebs lo había concebido. La insistencia del nuevo amigo de Juno había disgustado tanto al ingeniero que éste, a pesar de haber prometido acompañar aquella noche a sus amigos, pretextó un exceso de trabajo y prometió acompañarles otro día.

Desde el primer momento, y sin que pudiera explicarse la causa, aquellos dos tipos le habían sido profundamente antipáticos y su presencia le resultaba intolerable.

En realidad, si Burket hubiese hurgado en el fondo de su alma habría comprendido que su antipatía era hija del odio que siempre despierta un posible rival. Pero no se atrevía a confesarse a sí mismo,

que habiendo en Nueva York tantas mujeres finas y elegantes, hubiera ido a enamorarse de una campesina que desconocía por completo las reglas del gran mundo por el frecuentado. Esta idea, de acuer-



do con la verdadera realidad, le hubiese parecido un absurdo inexplicable.

Aquella noche, Burket fue a pasear su aburrimiento a uno de los más elegantes salones de Nueva York, donde se daba una función benéfica. Juno y

su padre fueron al Pigal's Club, un lugar muy chic, donde la gente bien se aburría a veinte dólares por hora.

Kadiak, que no dejaba su enorme fajo de billetes ni para dormir, iba sacando tiras del voluminoso rollo y entregando billetes a todas las bailarinas que salían al tablado. Excusado es decir que las pobres mariposas nocturnas quedaban deslumbradas ante el paquete de dólares, y que el viejo colono de Snow Bend, fue aquella noche la sensación del Pigal's.

Pero llegó el momento de la danza apache, y el buen viejo, al ver que aquel tipo maltrataba sin cesar a la muchacha que le servía de pareja, dándole golpes y arrastrándola sin piedad por el escenario, se lanzó a las tablas en compañía de su hija y estuvo en un tris que el pobre danzarin no muriese a manos de los bondadosos colonos.

Con aquel incidente terminó la nocturna excursión,

## CUARTA PARTE

Al día siguiente, Juno, vió sobre su mesa unos periódicos y tomó uno de ellos al azar. En la primera plana figuraba la fotografía de Alla Burket en compañía de una elegante dama, como asistentes al benéfico baile de la noche anterior. Juno, miró detenidamente las espléndidas "toilettes" de las damas y no pudo contener unas lágrimas de rabia.

—¡No es posible!—musitó entre dientes—. ¡No es posible!...

Y su corazón se oprimió al pensar que latía por un amor sin esperanza.

Cuando llegó Burket a saluables, Juno se había



repuesto de su ataque sentimental, y su cara reflejaba la más sana alegría.

—¿Debe usted estar muy cansado, después de haber pasado toda la noche en la oficina!

Burket hizo con la cabeza un gesto afirmativo demostrando que, efectivamente, se hallaba muy fatigado.

—Sin embargo, para ser que trabaja noche y día —le replicó irónica— está usted muy lozano y muy fresco. ¡Sobre todo muy fresco! —Y le alargó el periódico.

Burket, ante aquella prueba tan inesperada como irrefutable, quedó anonadado. "¡Abrete tierra!", decía para sus adentros, pugnando en vano para poder pasar la saliva y deshacer con ella la opresión de su garganta. Al fin, encontró la excusa:

—Lo hice por usted, Juno. Sabía que hasta que se comprara ropa nueva no querría salir conmigo, y como quiera que si se lo hubiese pedido se habría sacrificado.

Juno le agradeció su delicadeza con una dulce sonrisa.

En aquel momento llegaba su padre. Juno le miró de arriba abajo y no pudo contenerse:

—Papá, te digo la verdad, ¡estás hecho un adelfo!

—Y tú, hija mía, ¿te has mirado al espejo? —replicó el viejo un tanto amoscado.

—Mira, papá, le vas a quitar la gomita al rollo y nos vamos a vestir como unos príncipes. ¡Aunque se vaya en ello el millón!

No tardaron en llegar al piso 26 una pléyade de



sastres y modistas. Burket, satisfecho por el cambio que sus amigos parecían dispuestos a dar, los citó para aquella noche en un restaurant elegante y marchó a sus ocupaciones.



Al poco rato de marchar el joven, llegaron Krebs y su hijo adoptivo. Ni Kadiak ni su hija parecían muy dispuestos a escucharles, absorridos por los preparativos de su indumentaria: así que los dos caballeros de industria hubieron de conformarse y esperar a la noche, para ir con ellos al restaurant donde Burke les había citado.

Durante el día no perdieron el tiempo los dos ruñanes. Pusieron de acuerdo con "El Juez" y tomaron unas habitaciones en el hotel Marlborough, donde instalaron un diminuto ferrocarril eléctrico para acabar de decidir al señor Kadiak.

Instalado el aparato, redactaron una carta diciendo que la poderosa banca Morgan se hallaba dispuesta a hacerles una oferta mucho más ventajosa, y que en caso de no firmar aquella misma noche la escritura se vería obligado a rescindir todo compromiso.

— "Hijo mío", si con esto no convencemos al viejo, no se ya que inventar. Y vámonos ahora mismo al restaurant, no sea cosa que ese maldito Burke se nos anticipe y lo eche todo a perder.

A la misma hora, Juno, se contemplaba en el espejo. La transformación había sido tan completa que ni ella misma se reconocía. A decir verdad hubiera sido muy difícil reconocer en aquella dama fina y elegante a la zafra aldeana de Snow Bend. El señor Kadiak hallábase tan transformado o más que su hija; un frac de corte impecable aprisionaba su

cuerpo rebelde a toda sujeción, y una enorme diadema, brillante como un espejo, coronaba todo aquel templo de improvisada elegancia.

Krebs y su hijo esperaban impacientes la llegada de los millonarios. Antes de entrar entregaron al mozo la carta consabida para que la llevara en el momento oportuno. No lejos de los dos socios se hallaba Burke en compañía de un amigo.

— Parece increíble — le decía éste — que con tantas mujeres como hay en Nueva York hayas ido a enamorarte a las cercanías del Polo. ¿Quieres decirme cómo ha sido eso?

— ¿Cómo te voy a explicar una cosa que yo mismo no sé de qué manera explicármela?

— Y que, además, no es bonita; porque tu mismo me has dicho que es de las del montón. ¿Si al menos fuese como ese monumento que acaba de llegar!...

Efectivamente, por la puerta del salón irrumpía en aquel instante una dama elegantísima, hacia la cual se dirigieron, como agudas flechas, las miradas de todos los conensales. La joven, en cuestión, era de una belleza deslumbrante; tras ella iba un señor de cierta edad fumando un puro interminable.

Krebs y su hijo salieron disparados hacia los recién llegados antes de que Burke pudiera reconocerlos. Excesado es decir que éstos eran Juno y su padre, elegantizados hasta la exageración. Hasta que



la joven le sonrió no cayó el ingeniero en la cuenta de que aquella mujer de belleza deslumbrante era la diosa de las selvas de Snow Bend.

Cuando quiso llamar a sus amigos, ya se habían apoderado de ellos Krebs y su socio; al parecer, sin ganas de soltarlos. Y mientras el viejo trabajaba al señor Kodiak, su hijo musitaba palabras melosas al oído de Juno.

La llegada del camarero con la carta les dió pie para hablar del negocio.

—Debemos ir ahora mismo—le decía Krebs—. ¡Le advierto que no todos los días se presentan ocasiones semejantes!

—¡A su salud, señor Kodiak!—interrumpió Harris, el hijo de Krebs, levantando la copa—. ¡Es usted un hombre de suerte... un Napoleón de los negocios!

Y luego, por lo bajo, se dirigió hacia su fingido "papá".

—¿Lia traído consigo el fajo de billetes?

—¡Pues claro, hijo mío! ¡No faltaría más!... Antes se muere que dejarlo en casa. Por cierto que me da pena "desplumarlo". Es de una candidez paradisiaca; me hace el efecto de que voy a robar el sonajero a un niño de pecho.

Pero estas aprensiones no fueron óbice para que el tímido volviera a la carga; y, al fin, consiguiera lo que de momento se proponía: sacar al viejo de allí y llevarlo al hotel Marlborough.

## QUINTA PARTE

Harris, dispuesto a no perder el tiempo, una vez que los viejos hubieron marchado, musitó al oído de Juno:

—¿Quiere que vayamos a tomar el café a la cámara persa?

Para la joven, ignorante de las tretas de la ciudad, lo mismo le daba la cámara persa que el camarín ruso.

Apenas el camarero depositó el café y cerró tras

si la puerta del reservado, Harrys dió rienda suelta a sus insanos apetitos, arrojó la careta. Pero no contaba con la huéspeda. Tan pronto como la joven vió claro, se acordó de sus soberbios puños, y en menos que cuenta el decirlo, Harrys, dió con su cuerpo en tierra.

Burket, que ya había sospechado algo al verlos marchar del salón, fue tras ellos y de un empuellón derribó la puerta del reservado, entrando en el preciso instante en que Harrys rodaba por el suelo.

—Veo, señorita, que puede usted defenderse sola.

Juno le contestó con una sonrisa.

—En nombre de la amistad que me une con su papá, permítame que la acompañe hasta su casa...

La joven explicó a su amado sus temores de que aquellos malhechores no le hubieran tendido una celada a su conñado padre; y ambos partieron en un auto hacia el hotel que había creído oír durante uno de los momentos de la conversación sostenida durante la cena.

—¡Esos hombres—decía ella—son capaces de matarlo si no se deja quitar el dinero!

Y, en efecto, no iba descamada. "El Juez" y sus compinches le apremiaron cuanto pudieron para que firmara la escritura. No obstante, Kadiak, no se dejaba deslumbrar.

Para decidirlo de una vez, le mostraron el ferrocarril eléctrico, destinado, según ellos, a pasar a través del océano, pero tampoco este truco tuvo el éxito apetecido. Aquella premura de sus socios, no daba al aldeano muy buena espina, y aunque no muy versado en las lides de la estafa, creía ver en todo, gato encerrado. Por eso, a cada razonamiento de los otros, oponía el suyo, y viendo los timadores, que iba a ser imposible obtener el deseado rollo por el engaño, optaron por recurrir a la violencia.

El criado, confundido con ellos, apagó la luz a una señal convenida, y los tres se precipitaron de golpe sobre el indefenso señor Kadiak.

El auto que conducía a Juno y Burket volaba por las calles de Nueva York. A la pobre muchacha se le hacían siglos los minutos.

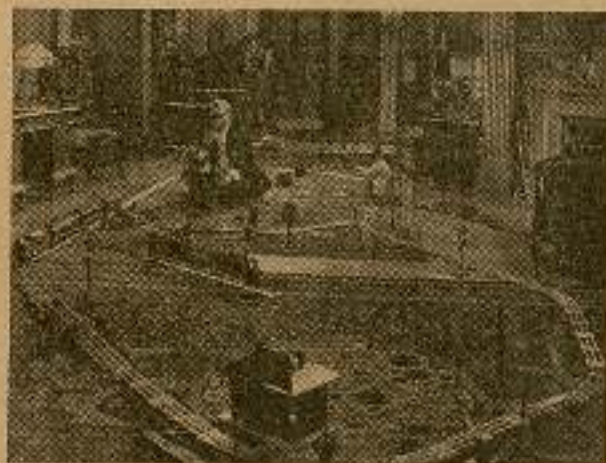
—¡Deprisa, chófer, deprisa!... ¡Atropelle a todo el mundo, que están matando a mi padre!—y la infeliz lloraba a lágrima viva.

Cuando los dos llegaron al hotel, el bueno del señor Kadiak hallábase jugando como un chiquillo con el tren destinado a pasar el océano. En un rincón de la estación, ligados como fardos, estaban los tres estafadores.

—¡Vámonos, papá, vámonos!... ¡No vayan a venir otros cómplices!...—gritaba Juno, muerta de miedo agarrándose al regazo de Burket.



Poco después, pasada la pesadilla de los estafadores, Juno y Burket hallábanse en la terraza del hotel, sobre el piso número 25. A sus pies se extendía, inmensa, la gran ciudad, mostrando en la obs-



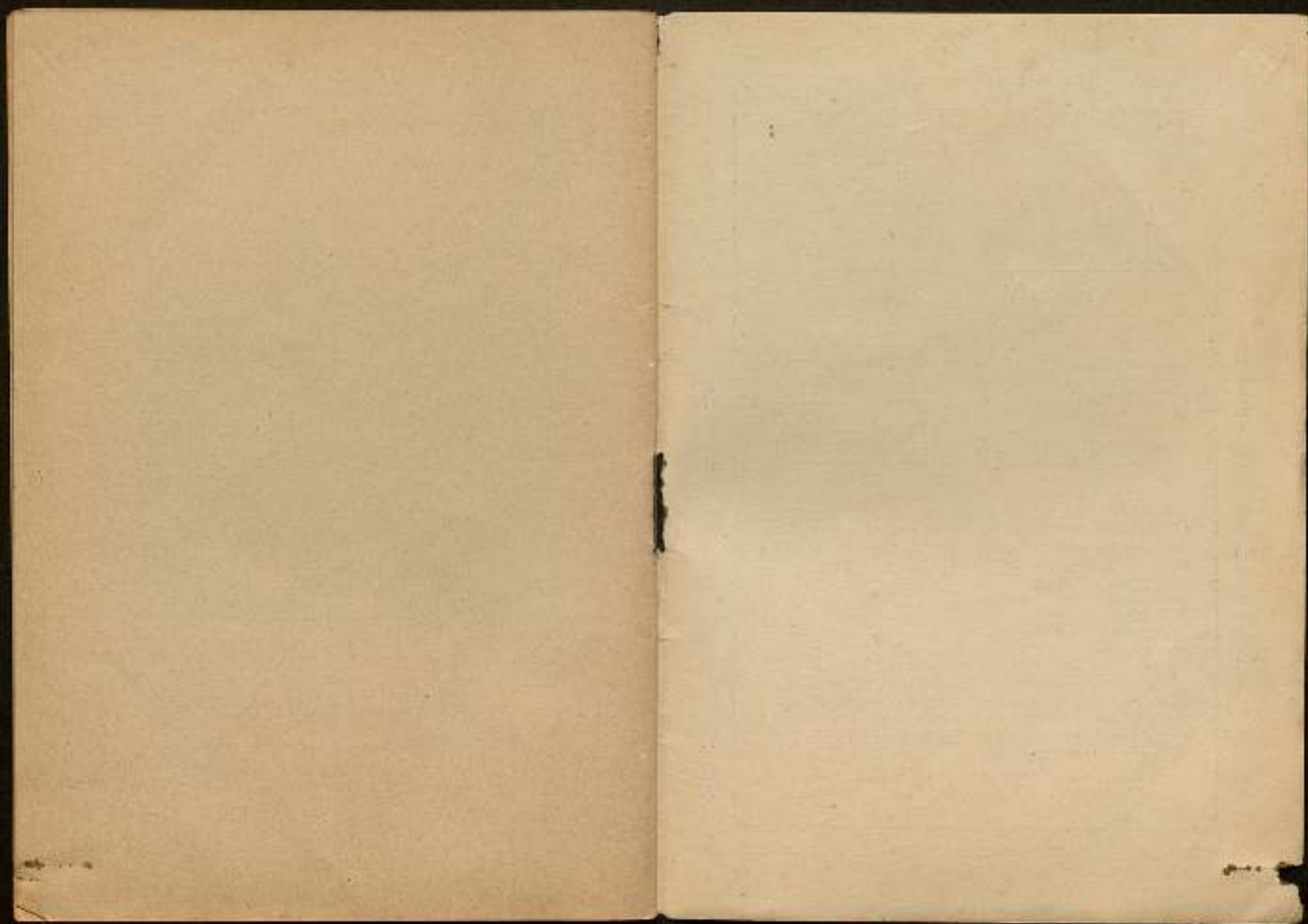
curidad de la noche los miles de focos eléctricos, semejantes a estrellas que hubiesen caído sobre la tierra.

—¿Ve usted, Juno; ve usted todas esas lucécitas que parecen parpadear?

Ella asintió con la cabeza, fija su mirada en la cara de su amado.

—Pues en toda esa ciudad tan inmensa y con tantos millones de luces pálidas, no hay una mujer tan hermosa como usted. Todos esos millares de focos blancos no han sabido llevar a mi corazón la luz divina que en ellos han hecho brotar sus ojos, negros como las peras y grandes como la felicidad que solo ellos pueden prometer.

Y bajo la bóveda negra de un cielo encapotado, brilló sobre uno de los rascacielos de Nueva York la chispa divina de un inextinguible amor.





## FIGURINES DE MODAS



*Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes*

PRECIO	TÍTULO	FECHA DE PUBLICACIÓN
30—	Album de loi . . . . .	Noviembre
5—	Le lingette parisienne . . . . .	"
1'50	Lingerie et broderie . . . . .	"
6—	Album travestis . . . . .	Diciembre
3—	Robes lingerie et robes brodées . . . . .	Año
5—	Blouses artistiques . . . . .	Trimestral
90—	Grandes créations . . . . .	"
5—	Les chapeaux modernes . . . . .	"
1'50	Weldon's catalogue . . . . .	"
1'00	Weldon's ladies journal . . . . .	Mensual
1'25	Weldon's children . . . . .	"
3'50	La mode de Paris . . . . .	Marzo y Septiembre
3'50	Fate . . . . .	"
3'50	Manteaux et costumes de promenade . . . . .	"
3'50	Modes d'enfants . . . . .	"
1'50	Ultima elegancia . . . . .	Mensual
5'50	L'idéal parisien . . . . .	"
4—	Paris chic . . . . .	"
4—	Le chic . . . . .	"
4'50	Le grand chic . . . . .	"
4—	Très chic . . . . .	8, 12, 16, 20 y 24
6—	New ladies fashions . . . . .	5 veces al año
6—	La mode qui s'écoule . . . . .	15 veces al año

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero.

Desenueños convencionales a los señores correspondientes y libreros.

Pedidos acompañando su importe a Publicaciones Mundial, Barbado, 15. Apartado 925—Barcelona